

DESDE CAMBOYA

(NOTICIA DE UN VIAJE)

Por JAIME LLEÓ DE LA VIÑA

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Explica el autor su viaje a Camboya en funciones de asistencia técnica a una empresa camboyana que ha de ejecutar importantes trabajos portuarios, y anuncia el envío de algún otro artículo en que trate del desarrollo de su trabajo profesional.

1. Enero en Sihanoukville.

Al iniciar estas líneas, el calendario señala claramente enero. Sin embargo, se trata de un enero inédito, un extraño enero en el que permanezco todo el día en mangas de camisa y puedo bañarme muy a gusto en las tranquilas aguas del golfo de Tailandia. Ahora mismo estoy sentado en el porche que rodea mi casa-ciudad en Sihanoukville; un punto de nuestro planeta situado en el cruce del paralelo 10° S N. y del meridiano 103° 29 E. Con estas coordenadas, las de Madrid, el radio de la Tierra y con más afición de la que yo siento por la Trigonometría esférica, podría calcular la distancia que me separa de la Puerta del Sol. No obstante, a efectos prácticos, considero de mayor interés indicar que la distancia mínima es de quince horas entre París y Phnom-Penh. A ella hay que añadir el tiempo que se quiera emplear entre Madrid y la capital francesa, así como el necesario para recorrer los 225 Km. que median entre Phnom-Penh y Sihanoukville. En total — y lo digo por si algún amigo se animase a venir aquí — no llega a treinta horas. Sí, a treinta horas y a 30.000 pesetas. Más otras tantas para volver a España, claro está.

Sihanoukville es el puerto marítimo de Camboya. Un puerto pequeño y muy joven. Pese a su corta edad, ya en el año 1964 fué punto de paso a 715 000 toneladas, mientras que en 1963 su tráfico total sólo alcanzó la cifra de 370 000 toneladas.

Hoy día, el puerto de Sihanoukville no es más que un pantalán, totalmente sin abrigo, y un muelle de bloques para atraque de remolcadores y otras embarcaciones de servicio. El pantalán tiene un calado mínimo de 9 metros; el muelle de 2,50 metros. Está protegido de los monzones por un dique de escollera que aguanta la fuerza del oleaje en la época de los vientos.

Aunque alguien ya sepa el motivo de mi estancia aquí, quizá no está de más aclarar que en Sihanoukville, Camboya, desarrollo las funciones de asistencia técnica — por cuenta de un grupo consultor español — de una empresa camboyana que resultó ser adjudicataria de los trabajos de prolongación del muelle para embarcaciones de servicio, del que acabo de hablar, y para continuar la escollera que protege dicho muelle. En esta misión cuento con la valiosísima colaboración de D. Joaquín Aldeguer Castillo, otro español empeñado conmigo en que el cartel que hemos puesto a la entrada de la obra — cartel en el que están escritos los nombres de Madrid y de Espagne, pues aquí se estila el francés —, no cambie el color azul de su fondo por el rojo de la vergüenza. Y hasta ahora, después de seis meses, lo vamos consiguiendo. Fué una decisión acertadísima la de enviar aquí a un hombre de tan relevantes cualidades como Aldeguer.

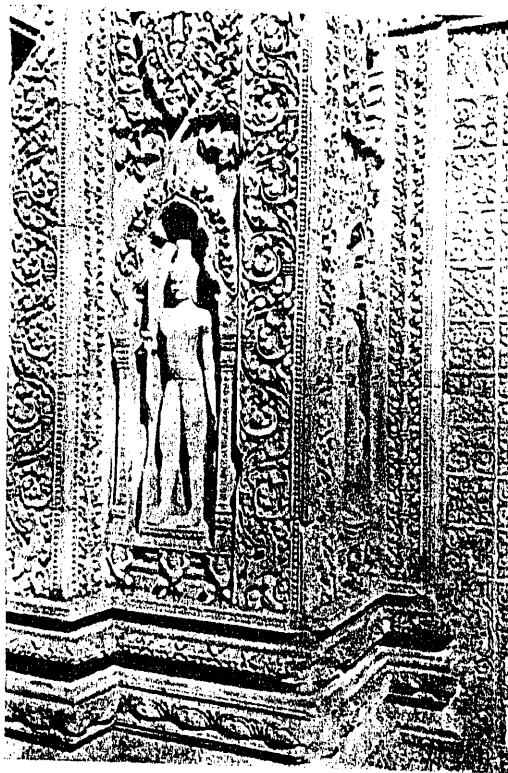
Pero creo que antes de exponer mi labor aquí — por otra parte, en la obra quedan problemas sin resolver; concretamente, mientras escribo se está finalizando el montaje de la cabria — es preferible dedicar unas líneas al país, a sus alegres y pacíficos habitantes, contar como se pesca en la tierra y hablar de sus casas sobre pilotes; explicar porqué nunca habían sentido la necesidad de utilizar el mar hasta que cesó el Protectorado francés. En una palabra, describir el país y el pueblo que en la geografía pintoresca de Angkor dejó testimonio de un arte extrañísimo y monumental del que pueden valer como débiles muestras las fotografías adjuntas.

2. Fundamentos de una decisión.

Aunque nada me obliga a explicar porqué he venido a Camboya, ya que uno es libre de

enfocar su vida como le pareciera, mientras no perjudique a terceros, no es, sin embargo, menos cierto que tenemos el deber de justificarnos cuando las decisiones tomadas son aparentemente ilógicas.

Todo empezó en una noche de abril en Madrid, ahora tan lejano. Un compañero — y ade-



Banteai-Srei, Ciudadela de las Mujeres. Templo caracterizado por la perfección del trabajo de la piedra y por sus reducidas dimensiones.

más amigo — me habló, más bien de forma anecdótica, de la posibilidad de ir a Camboya. Y quise venir contra toda lógica, contra todas las argumentaciones de quienes podían hablarme con confianza, contra las noticias bélicas del contiguo Vietnam que todos los días, con monótona y patética regularidad, aparecían y siguen apareciendo en la prensa.

En mi decisión influyó mucho un deseo acariciado desde que terminé la carrera: trabajar fuera de España, conocer otros pueblos, satisfacer mis afanes viajeros. Pero también hay otra razón que pesó mucho en mi ánimo: la firme creencia de que para la técnica española ha sonado la hora de romper su ostracismo y atender las múltiples posibilidades de estas tierras del "Tercer Mundo". Si esta convicción ha resulta-

do cierta, aplicada, al menos ocasionalmente, a un país como Camboya, que hasta el año 1955 estaba bajo el Protectorado de Francia, ¿podríamos decir de toda la América de habla española?

3. El viaje.

A partir de aquella noche de abril, fecha clave de este viaje, comenzó un lapsus de tiempo que finalizó el 14 de julio. En este día, Aldeguer y yo embarcamos en el avión que nos había de transportar a París. Ese período de tres meses de espera se desarrolló a un ritmo vertiginoso en sus comienzos: inquietud hasta consolidar mi decisión, vacunas, visados, etc.; luego, en su fase intermedia transcurrió de una forma lenta, con un margen excesivo para la reflexión: había que esperar en Madrid los billetes; por último, la etapa final: despedidas precipitadas, resolución definitiva de cuanto había ido quedando aplazado y... por dentro, una tristeza inefable, acrecentada al pisar por última vez la tierra española de Barajas.

En París, ni fuimos al Mayol, ni a sitios análogos. Aldeguer no sentía mucho interés por esos lugares ni yo estaba en vena de hacer el turista. Hubo, eso sí, algunas concesiones: como, por ejemplo, subirnos a la Torre Eiffel y al anocheecer sentarnos en el café de la Paix, por cierto un tanto melancólicos. Pronto iniciábamos nuestra nostalgia... ¡Y eso que era el 14 de julio y París lo festejaba, alegre y bullicioso, con bailes populares en numerosas plazuelas!

El viernes 17 de julio de 1964, a las diez de la mañana, salimos de Orly en un "DC-8" de Air France. Empezaba así el vuelo contra el sol y contra el reloj en un reactor en el que los orientales sobrepasaban bastante en número a los occidentales. Después de diecinueve horas de viaje — nuestro vuelo era el más largo de los dos que hay por semana entre París y Phnom-Penh — aterrizamos en esta capital a las cinco de la madrugada. De mi reloj, se entiende. En Phnom-Penh eran aproximadamente las once de mañana del sábado 18 de julio de 1964. Total, habíamos despegado de Orly; habíamos contemplado la inmensa mole del Mont Blanc; nos habíamos detenido en el aeropuerto de Roma, volado por encima de Grecia y del Cuerno de Oro y visto, en el crepúsculo, el Monte Ararat; habíamos aterrizado en Teherán para merendar; luego, en el destartalado aeropuerto de Karachá,

capital de Pakistán, punta del Islam en Asia, nueva detención; habíamos desayunado en el aeropuerto de Bangkok y allí empezado a oír ese ininteligible inglés con erres que se transforman en es: y, por último... el aeropuerto de Phnom-Penh. En él nos esperaba uno de los directores de la empresa cliente y, sin ninguna dificultad, salvamos las formalidades de rigor. Ya estábamos en Phnom-Penh, capital de Camboya, ciudad de medio millón de habitantes que se extiende junto al Mekóng. A partir de este momento empezaba a concretarse una seria res-



Una de las muchas torres con rostro de Bayon, monumento antiguo y desconcertante situado en el centro del Angkor-Thom.

ponsabilidad: la de contribuir con nuestra asistencia técnica a la infraestructura de ese país asiático, haciendo honor, en todos los aspectos, a nuestra exótica condición de españoles, rara especie muy poco conocida en Camboya — ya que según comprobación ulterior — el número de compatriotas ni siquiera llegaban a veinte.

Sábado y domingo lo pasamos en Phnom-Penh, saliendo para Sihanoukville el lunes 20 de julio. No pudimos, por consiguiente, en aquella ocasión, ver apenas nada de la capital; en parte, por el escaso tiempo de que dispusimos,

en parte por el esfuerzo tan enorme que hubiera supuesto para nosotros pasear por una ciudad azotada por el sol de julio del paralelo 10° N. y envuelta por una humedad de casi el 100 por 100. Ello explica que, pese a ser la primera vez que nos tropezábamos con una población tan diferente de las que estábamos habituados a ver, solo saliésemos lo estrictamente indispensable de nuestras acogedoras habitaciones climatizadas del hotel Monorom. Aldeguer, además, con un principio de diabetes, traía en un pie una herida que, después, gracias a las indicaciones de un médico español, providencialmente encontrado aquí, se le redujo muchísimo. Como verá el lector, nada tiene de particular que, tan bajos de forma como nos hallábamos, no nos apeteciera demasiado pasear por Phnom-Penh y deleitarnos con sus encantos.

4. Hacia Sihanoukville.

Tanto los clientes como nosotros mismos, estábamos deseosos de llegar a nuestro punto de trabajo; llegada que por diversas circunstancias se había retrasado más de la cuenta. Salimos, como ya dije, el lunes 20 de julio. Exactamente a las dos de la tarde. Una hora después, el coche se negó a continuar hasta el extremo que hubo que abandonarlo. Haciendo auto-stop conseguimos montar en dos camiones; en uno, Aldeguer y yo, en el otro, el empleado de la empresa que nos acompañaba. Por cierto, que me intranquilizó un poco cuando, al transbordar las maletas, le vi abrir una de las suyas y sacar un revólver de respetables dimensiones. Aldeguer y yo viajábamos a cuerpo limpio, claro está. Y lo peor era que ni siquiera la persuasión podría obrar milagros, en caso de apuro, desconociendo los indígenas el francés e ignorando nosotros totalmente el khmer.

Con estas inquietudes a cuestas llegamos a Sihanoukville sin más sobresalto que el producido al detenerse el camión y ver que los indígenas enorbolaban una estaca no muy gruesa, pero sí bastante larga. Por suerte, la incógnita se despejó pronto. Conductor y mozo echaron pie a tierra y, con intenciones hostiles evidentes, se dirigieron hacia sus colegas del otro camión, en el que viajaba el empleado de la empresa. Todo quedó en agua de borrajas. El revólver de nuestro acompañante con sólo hacer acto de presencia había producido su efecto, restableciendo la calma. Por lo visto, el chófer de camión

es fauna que se diferencia bien poco de unas a otras latitudes. Se trataba sencillamente del clásico pique de adelantamientos. Aunque Aldeguer y yo nada habíamos dicho y nos limitamos a cruzar unas simples miradas, la procesión, sin embargo, había ido por dentro.

Así, montados en la cabina de un camión cargado de arroz, llegamos a Sihanoukville. Provisionalmente nos instalamos en un hotel chino. Un nativo con su *sarong* — típica tela enrollada de cintura para abajo — nos atiende. El hotel es también muy típico: terraza corrida que comunica todas las habitaciones exteriores, camas provistas de mosquiteros, escupideras y sandalias japonesas a disposición del cliente, cuarto de baño — separado del dormitorio por un tabique que no llega al techo — y en cuyo suelo desaguan no sólo la ducha y el lavabo propios sino también los del piso de encima. A los in-

teresados en materia de fontanería he de aclararles que la descarga de desagües de los lavabos, formados por unas canaletas construidas en el piso, conectan a tuberías descendentes; así el agua jabonosa, bajando de una a otra planta invade en su trayecto el suelo de cada cuarto de baño. No quiero ampliar la información sobre este tipo de servicios con detalles como vos fáciles de imaginar. La reserva en esta ocasión es más que obligada.

Quedamos, pues, instalados físicamente en Sihanoukville. Nos falta aún, sin embargo, instalarnos espiritual y profesionalmente en Camboya. Sobre esto hablaré lo más detalladamente posible en artículos próximos. Si, a través de estas líneas, hubiese logrado merecer para ellos la atención y curiosidad de algún paciente lector, me sentiría de veras muy satisfecho.